

HOJA SUELTA

A LA MARQUESA DE CIADONCHA,

QUE SABE HACER SU HOGAR FELIZ

En un viejo mueble me encontré una que decía así:

Se me ocurre, cuando presencio la unión eterna de dos almas, que ha habido elecciones en el cielo o en el infierno, que los ángeles o los diablos votan, y los cónyuges son los elegidos por los primeros o los segundos, según el modo de ser psicológico.

El matrimonio, es el crisol donde se funden dichas sin término y grandes infortunios.

El velo blanco de la desposada, lo mismo puede simbolizar una especie de nimbo puesto por seres angélicos sobre una hermosa cabeza, que un adorno fúnebre, propio de las hijas de Eva, destinadas a ver su rostro, acariciado por las heladas brisas del infortunio.

Todas las mujeres, en ese solemne instante en que reciben el sagrado depósito del nombre y del honor de un hombre, sienten en el alma destellos luminosos de esperanza.

Cuando he visto ostentando el ramo de azahar a una de esas niñas que pueden ser comparadas a esas plantas de las antillas llamada *Ibilia longifera*, que se cultiva en estufa caliente, he experimentado un sentimiento de piedad, pues ya se adivina su

suerte, si cae en poder de un hombre brutal, esclavo de los sentidos.

Al percibir en aquel semblante encantador el ténue escalofrío de la fé en el porvenir, siento que el corazón se me oprime, pues no se me oculta que hay existencias tan delicadas como las alas de una mariposa.

Las casas habitadas por matrimonios jóvenes, felices o desgraciados, parece que se respira en la atmósfera algo voluptuoso o amargo, efluvios naturales de escenas íntimas.

Es que en el rostro de la esposa brillan las palpitantes alegrías de su corazón o las tristezas inmensas de su alma, del mismo modo que el mar se colora con la primera luz del alba. ¡Ay del hogar que sólo ofrece frías cenizas! En vano se buscarán las escenas que sirven de mansión a espíritus de fuego encargados de conservar la ventura de aquellos que juraron en el templo amarse eternamente.

No me acerco a un río sin recordar las ficciones de los poetas; y al agitarse ligeramente la cristalina superficie, se me figura que voy a presenciar la aparición de una ondina. Creo también ver mujeres sobrenaturales en las nubes, en el aire y en el interior de las selvas, y sólo plega las olas de mi fantasía durante las noches invernales cuando el cielo vierte llanto de nieve sobre la tierra. Entonces pienso en los fríos sepulcros; me estremezco de horror al meditar que los muertos se hielan, y se me figura que oigo el rezo de los sauces envueltos en la especie de sudario que les teje la niebla, y que la luna, frotando entre un vapor de plata, envía ósculos de luz a las pobres madres que dejaron sobre la tierra tiernos seres que al aperebirse de la ausencia de aquella que les dió la vida se sienten dominados por la del cielo.

¡Ah! el mundo con mares que sustentan en sus ondas formidables acorazados, sus lagos cubiertos

con un manto de zafiros, sus montañas mostrando moles de granito vestidas de terciopelo, sus brillantes auroras, sus noches placenteras del estro, su cielo, de un azul inimitable, luciendo nubes de nubes blancas como el armiño que se transforman por un capricho de la atmósfera, en celajes de oro, sus altivas catedrales ciñendo diademas de agujas caladas con sus gigantescas pirámides, los torrentes de lava que arrojan los volcanes, su sol esplendoroso que lanza rayos por doquier, haciendo resaltar los colores de la plantas, poniendo para ello en juego todos los privilegios de la luz y todos los contrastes de la sombra, no ofrecería el menor interés si entre todas esas armonías, todos esos encantos deliciosos, no se destacara la figura de la mujer, divisa del templo del amor, sacerdotisa del hogar, égida protectora de los que se forman en sus entrañas y ángel que endulza con sus caricias los últimos días de sus ancianos padres.

Por la copia,

ANTONIO DEL SOLAR

